Arcadi Espada

Presente, verdad y objetividad (Notas sobre la relación entre periodismo y memoria)

ARCADI ESPADA, uno de los mejores columnistas de El País, *es también profesor de los Estudios de Periodismo de la Universitat Pompeu Fabra y coautor, junto a Jaume Boix, de una rigurosa y atractiva biografía de Juan Antonio Samaranch:* El deporte del poder *(Temas de Hoy, 1991). Sin embargo, la razón más poderosa de su presencia en el* Boletín *es su permanente reflexión sobre la escritura de la memoria y este artículo, personal y lúcido, lo confirma, una vez más.*

EL PRESENTE ES el tiempo y el lugar del periodismo. De hecho, la única diferencia consistente entre el periodismo y otros géneros literarios radica en el uso del presente como material de trabajo. El periodismo no puede ni debe trabajar sin él. Por el contrario, la novela, la literatura autobiográfica, la poesía no saben qué hacer con él. Todos esos géneros funcionan a partir de una huella, mientras que el periodismo se activa en el momento justo que el zapato pisa la arena mojada: lo que pase después ya no es de su incumbencia. La posibilidad de que el periodismo narre historias que han sucedido mucho tiempo atrás, no debiera confundirnos: en ese caso el periodismo tratará al pasado como mero presente. Es decir, como algo en curso: ese es su objetivo y ese el rasgo que lo diferencia de otros modos de acometer la escritura de la vida. El periodismo se reconoce a sí mismo y elimina de un plumazo todos sus problemas ontológicos -que tanto amargan a los necesitados de identidad: cabe reconocer que los periodistas pasamos por ese trance con mucha mayor frecuencia que el resto de los que van a morir- cuando reconoce con alegría que no está dándose a la historia ni a la novela ni a la lírica ni al memorialismo ni a la sociología ni a la filosofía. Cuando el periodismo se reconoce en el carácter incompleto, provisional del presente es que está cumpliendo con su deber. En cuanto a las disposiciones exigidas por el conocimiento, está haciendo lo que nadie hace; en cuanto a la disposiciones sociales, está resolviendo el encargo que las gentes le hicieran hace más de dos siglos.

Si el presente es uno de los palos de la cruz del oficio de ser periodista, la verdad es el otro. El periodismo es inseparable de la verdad, de la búsqueda y aspiración de la verdad. La palabra verdad perturba; casi más que la propia verdad. Hay gente que se pone extremadamente nerviosa al oír hablar de la verdad. No es que sean gángsters o ladrones, únicamente; muchos de los perturbados son, por ejemplo, filósofos o estetas o escritores. Atribuyen, esas castas, un carácter supremo a la ambigüedad, a la característica poliédrica de lo verdadero, derivan hacia la creencia de que la verdad, lo que se conoce como verdad en un momento dado, es una impostura más. Evidentemente, ese discurso lo pronuncian algunas gentes de buena fe, pusilánimes, tal vez, pero buenas en el buen sentido de la palabra buenas. Son gentes que dudan y la duda suele dar un tipo de hombres más ricos, más abiertos, más

ecuánimes, aunque también dé a veces un tipo de hombre insoportable. Y junto a las gentes de buena fe, -junto a los honrados exploradores de los mil recovecos del alma humana -así suelen autodenominarse en las solapas- hay quienes, pura y simplemente, recelan de la verdad porque nunca, jamás de los jamases y de los nuncas, en cualquiera de sus creaciones pictóricas, musicales, literarias o arquitectónicas están dispuestos a decir la verdad. Y para no tener que decir nunca la verdad, lo mejor es insistir, parapetados tras una hechicería de argots, de lenguaje técnico, de literatura médica, en fin, que la verdad no existe. Un apotegma que contrasta vivamente con la experiencia cotidiana, aun con la experiencia más humilde del más humilde de ellos, de los periodistas. Cualquiera de esos sujetos sabe que la verdad existe; que la verdad es el sentido principal, la condición principal de su trabajo. Algo ha sucedido o no ha sucedido: eso es todo. Y a veces la verdad es tan nítida que duele como el sol en los ojos. Sin duda, hay periodistas que van armados de verdad: son gente peligrosa, porque además no suelen ser pusilánimes. No defienden tan sólo que la verdad existe -lo que sería perfectamente legítimo- sino que aseguran tenerla toda, cercada por completo. Y la verdad -debería ser por definición-, es incompleta. Está en muchas partes y en muchos protagonistas vinculados con un hecho cualquiera: es un saco que no acaba nunca de llenarse. Tan nocivo es afirmar que está ya lleno como negar que el saco exista.

Así, y a mi juicio, son el presente y la verdad trabados la condición real y el objetivo moral del periodismo. Sin ellos, sin cualquiera de ellos, no hay periodismo. Y sin periodismo no hay memoria. Al menos no hay memoria en el sentido contemporáneo y colectivo -no meramente íntimo- que damos a esta palabra. Desde el punto de vista de la memoria, de la memoria almacenada -la memoria siempre es un almacén mejor o peor rotulado-, la revolución técnica que se inicia con la imprenta y que acaba, digamos por decir, con Internet es asombrosa. A veces parece como si la ambición principal del hombre en estos últimos quinientos años -los años de la imprenta- no hubiera estado orientada hacia otro objetivo que la preservación del recuerdo, que el acopio y reproducción posterior del magma inmenso que supone la vida y la creación del hombre. El hombre contemporáneo, en una proporción sin duda mayor que la de cualquier otro hombre en la historia, tiene el pasado a su disposición. Y el pasado quiere decir, por un igual, el factible gozo de leer a Cervantes en la bañera, de escuchar una sonata de Bach mientras se atraviesa a gran velocidad una autopista o bien la posibilidad de tener al abuelo en movimiento, con su voz y su mirada, encerrado entre las cuatro paredes de una cinta de vídeo. Nunca el pasado había formado parte tan activa -y a tan gran escala- del presente de los hombres. Obviamente, este fenómeno tiene grandísimas consecuencias en todas las dimensiones de la vida humana: tiene implicaciones psicológicas, políticas, sociales y tiene, desde luego, implicaciones artísticas, que son las que ahora más pueden interesarnos. Baste decir, en este sentido, que nunca el artista -el músico, el pintor, el poeta- pudo dialogar con mayor facilidad con sus maestros, incorporar de una manera más intensa la tradición a su lenguaje y que, igualmente, acaso nunca como ahora experimentó la tremenda certidumbre que todo había sido ya dicho. El periodismo se ha convertido en una fuente indispensable para los científicos del pasado, cultiven éstos la narrativa de la no ficción -historiadores, memorialistas- o se dediquen a la ficción -novelistas, principalmente. El periodismo, por así decirlo, articula el canon del pasado, aunque, como hayamos visto, su lugar y su territorio moral no sean otros que los del presente. La comparación tradicional del periodista con el notario -"notario de la realidad" se le llama todavía con la exactitud y el olor a ropa vieja característicos del tópico- es en este punto bien exacta: ambos trabajan con el presente, ambos trabajan con momentos claves de ese presente, pero sus testimonios serán fundamentales para que los contemporáneos sucesivos puedan reconstruir ese presente, es decir, establecer desde la contemporaneidad cualquiera el aludido canon. En ese proceso de almacenamiento del dato, de la experiencia, de la vida, al fin, el periodismo ha jugado un papel decisivo. Jamás como en estos últimos doscientos años, o si se quiere en estos últimos cien años, para hablar del periodismo moderno, el hombre ha guardado de la menudencia de sus días o de la trascendencia de sus días un recuerdo tan detallado. Obviamente, se sabe que la realidad periodística no es, en manera alguna, la realidad. Pero, por presencia o por ausencia, no hay duda alguna que la serialización periodística acota un terreno muy vasto de la realidad del hombre moderno. Lo que sale en los medios es lo

que existe. Hasta tal punto paradógico que hay hombres y cosas que existen, en buena parte, o *existen más* porque no salen en los medios: ahí está el caso de la vieja Greta Garbo. Así de totalizadora es, al cabo, la realidad periodística contemporánea.

Todavía en otro punto sustancial periodistas y notarios comparten rasgos: ambos son los escribas de la objetividad, o debieran serlo. La objetividad ha elegido esos dos oficios para expresarse. Durante muchos años el periodismo ha hecho de la objetividad su dominio. En realidad la objetividad no es nada más que un pequeño aparte -si se quiere metodológico- de la verdad. Contar las cosas objetivamente no es, no debería ser nada más que contar las cosas verdaderamente: que contar la verdad en suma, con todas sus caras y todas sus oscuridades. El periodismo ha tenido, tradicionalmente, un gran interés en establecer que era el depositario de la verdad y de la objetividad. "Es verdad, lo dice el periódico" ha sido durante muchas décadas una frase frecuente, repetida. Valga decir, de paso, que tal vez por fortuna, hoy muchas gentes se preguntan ante la lectura de una noticia cualquiera: "¿Será verdad eso que cuentan?"[1], tránsito que resume la pérdida de crédito, de crédito divino, que el periodismo gozaba hasta hace muy poco. La necesidad de convencer a los lectores de que aquello que se estaba explicando pertenecía a la región celestial de lo indubitable provocó la creación de algunos episodios lingüísticos, de algunos rasgos de estilo, del máximo interés. Convencido el periodismo que de la verdad no podía dar cuenta un hombre solo hízole hablar al periódico en boca del "nosotros" -inolvidable plural mayestático- e hízole aún otra argucia, que perdura todavía en el lenguaje contemporáneo del oficio: sustituyó la voz, al parecer insuficiente, del hombre que ve, investiga y narra -la voz del yo- por una voz gigantesca e irrefutable: "Este diario ha podido saber..." Obviamente el que "sabía" era siempre uno, un yo nítidamente articulado, pero a la retórica dominante ese "yo" siempre le pareció -le parece todavía- sospechoso, casi indeseable, hasta el punto de que inventó risibles razones de modestia para hacer desaparecer del lenguaje periodístico convencional cualquier referencia en primera persona. Es un caso extremadamente interesante -y lamento no poder ahora detenerme en él- de cómo el lenguaje, cómo la sintaxis, hasta en sus menores recovecos, responde a un propósito moral. Es evidente que la desaparición de la primera persona fue sólo superficial: desapareció del escaparate, pero continuó ejerciendo soberanamente en los fogones. Hoy, hoy como siempre, el periodismo -uno de los oficios más individualistas que existen- trabaja con el punto de vista estricto de un individuo determinado, aunque ese yo se escamotee, en su traducción narrativa, por la ilusión de la objetividad. Un propósito periodístico moderno y radical pasaría por el replanteamiento de ese principio de lo objetivo, por el destierro de la objetividad que consiste en la presentación mayestática de un punto de vista estrictamente individual, por la búsqueda de una nueva objetividad. La objetividad es un valor que hay que seguir defendiendo con uñas y dientes porque hay una posibilidad de ser objetivo seguramente relacionada con la humildad -y ésta sí es humildad verdadera y no retórica- de reconocer que los periódicos los fabrican y los escriben hombres -hombres y no voces mayestáticas, oraculares, que no se sabe de dónde salen ni quién las articula-, hombres por tanto sujetos a la crítica del lector, a la crítica de los otros profesionales, y sujetos asimismo al principio de duda sobre lo que narran. Una nueva objetividad basada, pues, paradójicamente, en la asunción plena de las subjetividades disponibles y que, aún más allá, devuelva al periodista el placer de narrar, de contar, de explicar los casos de la vida y lo aleje, como de la peste, de la patética tentación redentorista.

Si el periodismo quiere continuar siendo el principal receptáculo de la memoria contemporánea, si insiste en su voluntad de ser una fuente indispensable para el conocimiento histórico, si pretende, en suma, continuar sirviendo a los hombres del futuro no hay duda de que debe llevar a cabo, aprovechando, tal vez, ese instante de meditación agónica, bimilenaria que se avecina, una rigurosa critica de sí mismo. Y esa crítica, a mi juicio, y tal como he intentado exponer aquí con los mínimos meandros posibles, habrá de partir, primero, del reconocimiento de que el presente es el lugar del periodismo, un presente, tal vez, mucho más ancho del que ahora ocupa la muy raquítica geografía periodística contemporánea, en donde quepan muchos más hombres y muchos más sucesos, y en donde la curiosidad de la anécdota, el que un hombre haya mordido a un perro, por ejemplo, no difumine la realidad esencial, mayoritaria, de veras importante y

significativa, esto es, por ejemplo, que los perros son los que de veras muerden a los hombres. Un periodismo del presente orgulloso y humilde que se apreste a cumplir la viejísima recomendación de Josep Pla -viejísima, porque bebe en el clásico-: "luchar contra el olvido, dar testimonio de mi tiempo, he aquí el propósito". Un periodismo del presente, por supuesto, pero que comprenda que los periódicos duran mucho más de un día y que, almacenados en todos los soportes que quepa imaginar, serán consultados al cabo de muchos años por los encargados de establecer, sobre la huella de nuestro presente, el canon del pasado. Un periodismo, por tanto, y en este sentido, que sin caer en el énfasis trascendentalista sepa que trabaja con la memoria, un material altamente sensible y que exige un trato responsable. Un periodismo aliado, asimismo, con la búsqueda de la verdad, consciente de que la verdad es siempre un "work in progress", pero que no renuncie a buscarla y a aportarla sin enfangarse en el lodazal retórico de la verosimilitud, de lo que el periodista sabe seguro que no pasó -esa es, patéticamente, la única seguridad-, aunque en cambio, llevado por una inconcebible presunción, asegure sin embargo que pudo pasar y así lo escriba, las más de las veces sin avisar siquiera. Y un periodismo escrito por hombres, con el lenguaje de los hombres que se reconozca producto de una mirada exclusiva e individual, para el que la objetividad no sea, simplemente, un impostado rasgo de estilo -esa frialdad impersonal de las tablas de la ley, quién sabe por quién escritas-, sino la imparable consecuencia de introducir en la mirada y en la voz del que escribe otras miradas y otras voces. Un periodismo, en fin, que convierta el propio periodismo y los periodistas en materia de conocimiento, que muestre a los lectores el proceso que permitió obtener y narrar una historia cualquiera, que hable de sí mismo, no por fanfarronería ni por autismo, sino por higiene.

En muchos ratos helados, meditabundos, de tránsito entre una y otra historia -ese *no man's land* de la actividad que el periodista tanto teme, sabedor de que el periodismo, como la revolución, como la bicicleta, si se detiene se cae- me he preguntado qué memoria estaremos contribuyendo a depositar de nuestro tiempo, cuál será, en fin, nuestra participación en el canon, cómo lo estaremos haciendo no a ojos ya del lector de hoy, sino del investigador -historiador, novelista, poeta- del futuro. Debo decir que muchas de esas reflexiones han quedado aquí apuntadas. Pero debo decir también que mi presagio es oscuro. No creo que estemos trabajando en la línea indicada en este esbozo. Y creo que mucha de la verdad de nuestro tiempo -otra vez presente y verdad entrelazados- se nos escurre como agua entre las manos. Mi consuelo, tímido, en esos ratos, es decirme que los hombres pueden vivir sin verdad y sin memoria. Pero en seguida me revuelvo: pueden vivir, me digo, pero muriendo. Lo lamento: en ese *no man's land* del oficio -y este artículo, lo repito, está escrito en ese territorio- , suele habitar el énfasis dramático.

Notas

[1] Y hay todavía otra pregunta más insidiosa, formulada frecuentemente a los profesionales de la información por gente que tiene acceso directo a ellos: "¿Bueno, me puedes contar todo lo que sabes sobre esto?", pregunta que presupone que el periodista calla parte de la verdad que conoce y que, por tanto, la calla también el periódico. Esto implica creer en la existencia mediática de un doble circuito de verdad, creencia dicho sea de paso, no del todo descabellada.